

El asesinato de Gustavo Madero

Ignacio Solares

En estas páginas estremecedoras, Ignacio Solares relata, a cien años de distancia, la caída del presidente Francisco I. Madero y el martirio de su hermano Gustavo a manos de la soldadesca servil de Victoriano Huerta, el 18 de febrero de 1913, hechos que desataron la Decena Trágica y el reinicio de la Revolución mexicana.

Para Antonio Crestani

Una noche Gustavo Madero entró sin previo aviso con Victoriano Huerta —amagándolo con una pistola— al despacho de su hermano Francisco en Palacio Nacional. Le dijo:

—Por fin, después de seguirle la pista mi gente y yo durante semanas, lo acabamos de encontrar en casa de Enrique Cepeda, junto con Félix Díaz, Gregorio Ruiz y el hijo de Bernardo Reyes, organizando descaradamente el cuartelazo que nos quieren dar a partir de la toma de la Ciudadela. En realidad vienen confabulándolo desde fines del año pasado. Conciertan juntas con jefes y oficiales del ejército y hacen propaganda contra ti en los cuarteles. Incluso se ven en lugares públicos, como la pastelería El Globo, y la gente a su alrededor escucha sus planes y las infamias que dicen de ti y de tu gobierno. Pero el principal instigador y cabecilla del grupo es este miserable... —y Gustavo le puso la pistola en la sien. Gustavo no era un hombre violento y en esos momentos parecía fuera de sí, sus labios tem-

blaban y su ojo de vidrio parecía contagiarse del brillo de su ojo vivo.

El presidente Madero miró fijamente a Victoriano Huerta, imperturbable, con sus lentes oscuros y su holgado abrigo negro —así, como un ave agorera, según lo habían descrito en algún periódico—. Sin embargo, qué extraña relación tenía Madero con aquel siniestro personaje. ¿Era quien debía sacrificarlo, colocarle su corona de espinas, y a quien, desde ahora, tenía que empezar a perdonar, según le dictaron los espíritus diez años antes? Entonces, ¿de qué se trataba en realidad este encuentro tan crucial, del que su hermano Gustavo era testigo? ¿Algo así como circunstancias que él estaría tentado de llamar ceremoniales, una doble danza encadenada del victimario y la víctima, un cumplimiento? ¿Un cumplimiento de qué y para qué? Respondió:

—El propio general Huerta me ha informado de todos esos movimientos de nuestros enemigos. Se ha infiltrado entre ellos para conocer sus planes y hacérselos

saber. De tal manera, Gustavo, nuestro compromiso con él es darle toda nuestra confianza y dejarlo trabajar en plena libertad... General Huerta, le reitero que estamos en sus manos.

Gustavo bajó la pistola y la otra mano la pasó por la cara, como apartando una sombra inconcebible.

—Prometo a usted, señor presidente, que mañana todo habrá terminado —le dijo Huerta.

En efecto, al día siguiente, 18 de febrero de 1913, todo habría terminado: el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez serían apresados, y Gustavo sería cobarde y cruelmente asesinado.

Aquella misma mañana muy temprano, en la terraza del Castillo de Chapultepec, ante el océano verde de ahuehuetes centenarios que, parecía, levantaba olas cada vez más altas con el crecer del día, Gustavo insistió:

—Hasta las piedras que están abajo de nosotros saben que Huerta confabula contra ti y sólo tú no lo quieres ver. ¿Cómo pudiste creer su argumento de que dejaba entrar los carros de víveres a la Ciudadela para que los rebeldes no se dispersaran por la ciudad y crearan mayor caos?

—Tenemos que dejarlo trabajar de acuerdo con sus planes —dijo el presidente—. En estos momentos no nos queda más remedio que jugárnosla con el general Huerta.

—Pues me parece un juego suicida. Y con un hombre como él. Hubieras visto la parsimonia con que me entregó su pistola en casa de Enrique Cepeda, después de que yo entré en la habitación como tromba, nerviosísimo, ridículo, gritándole que ahora sí lo había pescado en sus sucios enjuagues y no tenía salida. Entornó los ojos, dio un último sorbo a su copa de coñac, la puso sobre la mesa y le dijo a Félix Díaz: “Discúlpeme, general, pero como usted verá, aquí don Gustavo me ha hecho su prisionero y debo entregarle mi pistola y acompañarlo a Palacio Nacional para comparecer ante el señor presidente de la república por encontrarme conversando con usted”. A pesar de que es incapaz de sonreír, yo te diría que en sus ojos brillaba una burla manifiesta. Él estaba borrachísimo y sin embargo a mí me temblaba la mano con que le apuntaba. Se despidió de Félix Díaz y de Cepeda con una reverencia y con su clásico: quedan con Dios —¿te has fijado cómo para todo anda mentando a Dios?—, y a mí me dijo: vamos, casi como dándome una palmada en la espalda, como si más que a comparecer ante ti por alta traición fuera a beberse la última copa de la noche. No te imaginas lo que fue el trayecto a Palacio: petrificado, sin expresión en la mirada y yo diría que sin mirar nada, entre Urueta y yo, que, por el contrario, nos removíamos en el asiento como culebras. Ni siquiera consideré necesario seguirle apuntando con la pistola y la guardé... Estoy seguro de que frente al paredón permanecería igual de inalterable. ¿Sabes que cuando le operaron los ojos se negó a que le pusieran

anestesia? Ese hombre no es normal, no tiene miedo ni de sí mismo, carece de sentimientos y casi te aseguro que hasta de cualquier forma de sensibilidad. Por eso no alcanzo a entender cómo pudiste decirle que estábamos en sus manos, le regresaste su pistola y le ofreciste veinticuatro horas para demostrar su fidelidad. Te confieso que sentí deseos de salir corriendo a esa misión a Japón a la que querías mandarme hace unos días —Gustavo respiró profundamente, como si el aire puro avalara su proyecto—. Te lo digo en serio, aquí no hago más que complicarte con lo que tú llamas mi escepticismo.

—Pues a pesar de tu escepticismo te veo más tranquilo —dijo Francisco pasándole un brazo por los hombros, sintiendo que ahí, en la mañana transparente, su cariño por él se concretaba, tomaba una como forma autónoma, independiente de su voluntad y, quizás, hasta de sus vidas. Quizá por eso en una ocasión en que le preguntaron quién era su mejor amigo contestó que su hermano Gustavo.

—Más que tranquilo, resignado.

En el cielo cabalgaban un par de nubes como de gasa que en nada alteraban la claridad del día. Francisco estuvo mirándolas avanzar, distenderse, dejar una estela de humo.

—Si hoy en la tarde Huerta no rompe el cerco de la Ciudadela, lo destituyo y pongo en su lugar a Felipe Ángeles. Además de que aprovecho para hacer en el gabinete los cambios que hemos comentado. Por eso, de veras, tómalo con tranquilidad.

—¿Sabes que me invitó a comer?

—¿Quién?

—Huerta. Quiere demostrarme que no me guarda rencor por lo de ayer. Así me lo dijo, tal cual. ¿Qué te parece? Después de que a Bassó le dijo que iba a pagar con mi vida la osadía de haberlo apresado.

—Fue una tontería meterlo en la intendencia.

—¿Y qué íbamos a hacer con él en lo que llegabas a Palacio? ¿Tenerlo en tu antesala? ¿Ofrecerle una copa de coñac? ¿Estaba preso por traidor!

La mirada de Gustavo se encendió. Tenía una mirada de lo más expresiva y por eso en una ocasión Francisco le dijo que su ojo bueno contagiaba al ojo de vidrio de las emociones que sentía. Continuó:

—Por supuesto, me lanzó la invitación como un reto, y voy a aceptar. Si me quiere hacer algo, o mandar hacer algo, igual puede ser durante la comida que en cualquier otro lugar que me encuentre, aunque sea tan lejano como Japón. Con un hombre como Huerta, pienso, lo peor que puede sucedernos es tenerle miedo.

El presidente le dio una palmada en la espalda y le dijo que debía prepararse para ir a Palacio. No podía imaginar que sería la última vez que lo vería, pero algo intuía y lo llenaba de angustia. Por eso prefirió —como tantos otros presentimientos— dejarlo ahí, en el sub-

consciente, no creer plenamente en él; suponer que, a pesar de que hacía cuanto estaba en su mano por alcanzarla, la fatalidad aún se encontraba lejos, no tenía por qué llegar aquel día, precisamente aquel día transparente, luminoso, en que todo se iba a resolver: el país recuperaría la normalidad y gobernaría por otros tres años y meses más. Por eso la última frase que escuchó Gustavo de sus labios fue una frase de aliento.

—Verás que en la noche estamos festejando la caída de los “ciudadelos”.

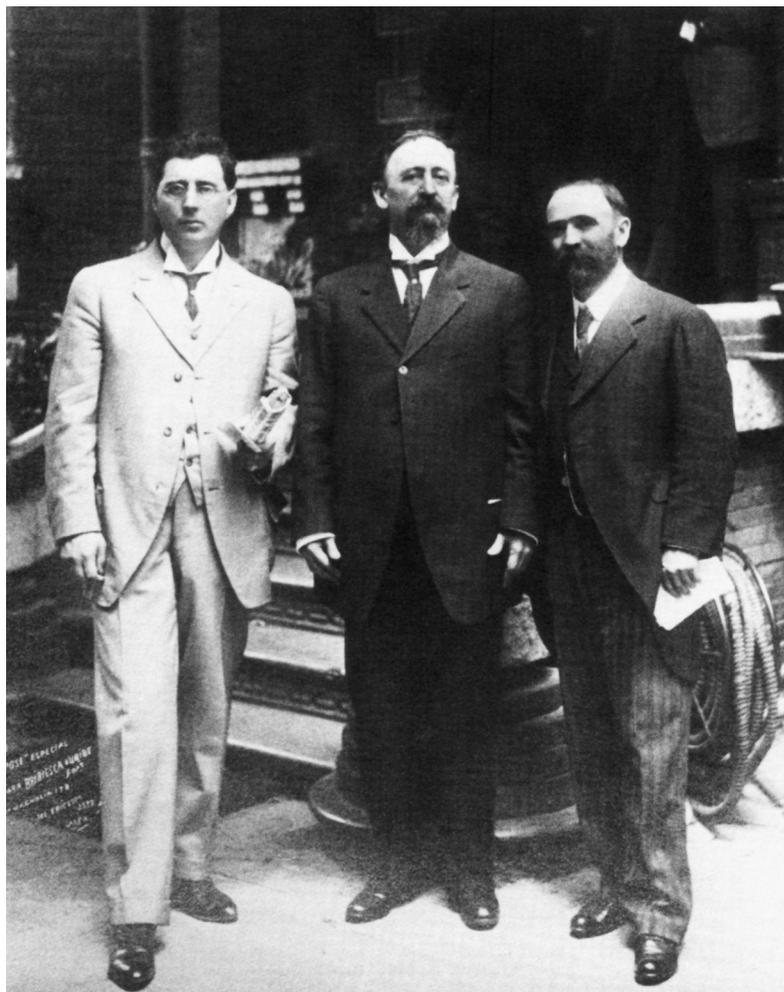
Pero no podía ser de otra manera. ¿Había triunfado Francisco sobre Gustavo y terminó por contagiarlo de su optimismo fatal? ¿No debió impedirle que asistiera a esa comida que era, a todas luces, una trampa? ¿Y por qué después de aquellas palabras de aliento a Gustavo, ya en su despacho de Palacio, pensó en la posibilidad de refugiarse en el estado de Morelos, con Zapata, y acompañado por Felipe Ángeles? ¿Es que de las primeras horas de la mañana al mediodía el presentimiento ganó terreno y se anunciaba, ya inminente, en la conciencia? Si tanto había confiado en lo intuitivo, en las voces que le llegaban de fuera, ¿por qué en los últimos días de su gobierno se encerró en su propio juicio? ¿O los consultó y también los espíritus se equivocaron? ¿O lo orillaron al cumplimiento de su destino y apenas si se dio cuenta? Lo cierto es que luchaba con una ambivalencia que era, de alguna manera, peor que cualquier desenlace. A Manuel Bonilla, ministro de Fomento, le dijo: “Hoy es el día definitivo”. Pero se equivocó en la disyuntiva: “O Huerta resuelve el problema o ponemos en su lugar a Felipe Ángeles”. También pensó quitar a su tío Ernesto de Hacienda, a su primo Rafael Hernández de Gobernación y a Pedro Lascuráin de Relaciones Exteriores. Parecería que sólo le faltó un día, sólo un día, para escapar de la maraña de la tragedia.

La realidad es que Gustavo asistió al Gambrinus, en la calle de San Francisco, a encontrarse con su destino, y compartió un jugoso *chateaubriand* con salsa bearnesa y una botella de vino con Huerta, quien hasta un breve discurso improvisó en honor de él:

—Lo he querido agasajar —dijo con la copa en alto— por su honestidad y valor. Porque todos estos días se ha expuesto tanto como nosotros, los militares. Por su cuenta han comido buena parte de nuestras tropas y usted mismo ha repartido los alimentos. ¡Caray, don Gustavo, qué enorme gusto tenerlo ahora de invitado con nosotros!

Y todos levantaron su copa. Estaban, además de Gustavo y Huerta, el coronel Mass y los generales Delgado y Sanginés. Huerta logró conmovirlo y con toda seguridad Gustavo se había entregado ya a esa misteriosa fe de su hermano Francisco en la bondad de la naturaleza humana.

—Les agradezco mucho. Y quiero decirles que no he hecho sino cumplir con mi deber. Trátese de civiles



Gustavo Madero, Francisco Madero y Francisco I. Madero

o de militares, lo importante es anteponer nuestro interés por la patria al interés personal.

Y volvieron a brindar.

Huerta pareció afocar sus lentes ahumados —que le daban a su expresión un carácter aún más tenebroso— sobre Gustavo, e intentó una cierta sonrisa amistosa.

—Yo creo que también podemos hacer un brindis —agregó— por el restablecimiento del orden, lo que sucederá esta misma tarde, tal como se lo ofrecí al señor presidente de la república.

Nuevo brindis.

Entonces Huerta le hizo una pregunta que, de no ser por ese contagio fatídico, a Gustavo le hubiera significado una señal evidente de la trampa que le tendían.

—Don Gustavo, ¿me permite su pistola?

Gustavo lo miró extrañado y dejó su copa de vino sobre la mesa.

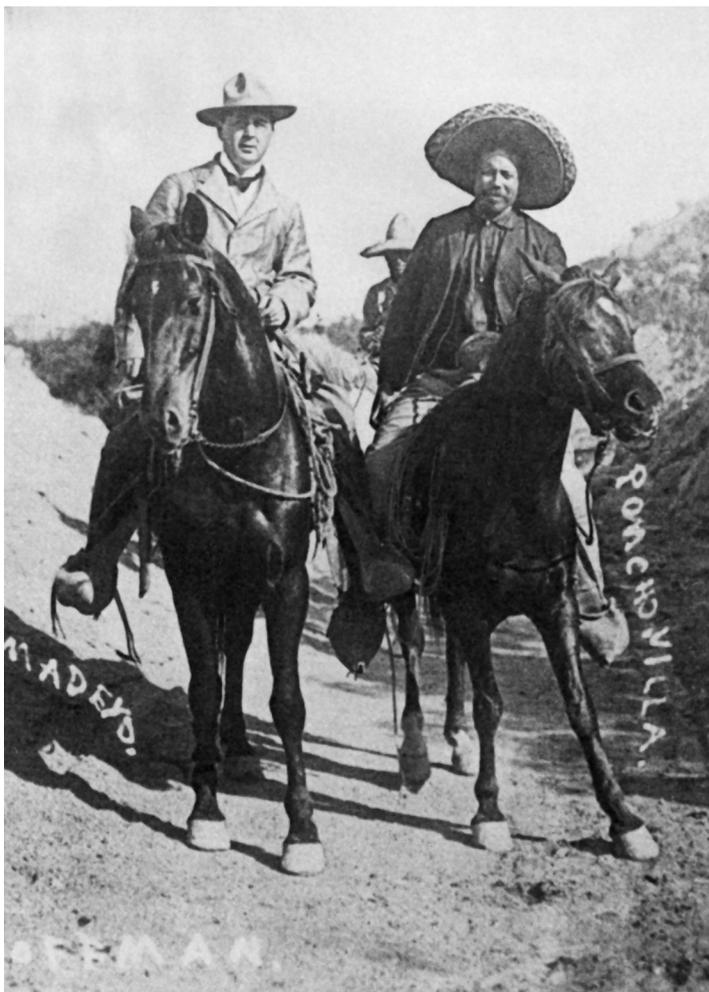
—¿Mi pistola, general?

—Queremos regalarle una nueva pistola que será, seguramente, mucho mejor que la que usted usa.

—Le agradezco, pero le advierto que la mía no es nada mala. Mírela usted.

La sacó de la funda y se la tendió a Huerta, quien la observó detenidamente.

—Es una Colt estupenda, general —dijo Gustavo, empezando a ponerse nervioso, tamborileando sobre la



Gustavo Madero con Pancho Villa



Gustavo Madero, 1913

mesa, sentándose más derecho, dándole otro sorbo a la copa de vino. Huerta no parecía terminar de contemplar la pistola y hasta la descerrojó, muy calmado, e hizo girar el tambor. En ese momento, uno de los meseros se acercó unos pasos y le hizo una seña.

—General, tiene usted una llamada.

—Permítanme ustedes un momento —dijo, llevándose la pistola, sin dejar de contemplarla con un extraño interés.

Gustavo se puso de pie para reclamar el arma, pero descubrió que el mismo mesero que le había hecho la seña a Huerta iba a la puerta principal y hacía entrar a un grupo de soldados. Gustavo comprendió la trampa —casi infantil— en que había caído. Trató de marcharse y de protestar, pero era demasiado tarde. El teniente Luis Fuentes —novio de una de las hijas de Huerta, ya con fecha para la boda— lo detuvo con un grito perentorio que a Gustavo le provocó un estremecimiento mayor que las armas que le apuntaban.

—¡Se acabaron los juegos! ¡Está usted preso!

Cuando Gustavo llegó y entregó su sombrero y su abrigo a cambio de una tarjeta numerada, no pudo imaginar que haría la digestión en el cuartucho oscuro y polvoso que servía de guardarropa, las manos atadas con un cordón de las cortinas. Desde ahí —el restaurante estaba muy cerca del Zócalo— alcanzó a escuchar veladamente la bulla de la gente en la calle y las campanas de los templos —entre las que sobresalían las de Catedral— echadas a vuelo: la ciudad festejaba el triunfo del ejército faccioso, el retorno a la paz y la caída del único presidente elegido democráticamente a lo largo de toda la historia del país. En la calle de Nuevo México se levantaban las llamas —uniéndose al festejo— del periódico maderista *Nueva Era*. Conforme anochecía y se corría la voz, más gente se agregaba —en un gran coro— a los gritos de “¡Viva el ejército salvador!” y a las dianas que en el Zócalo tocaba la banda de guerra del 29º Batallón.

¿Qué meditaba Gustavo durante su encierro de más de seis horas en el cuartucho del guardarropa? Seguramente sabía que era el fin, pero parece imposible que imaginara, siquiera que imaginara, la pesadilla que apenas comenzaba a vivir. Como a las diez fue conducido a la Ciudadela, en un automóvil, por el propio teniente Luis Fuentes. A empujones se le introdujo en una oficina que mal alumbraba una lámpara de petróleo. Había un pequeño escritorio y un pizarrón de pared a pared con cifras y dibujos de las estrategias seguidas durante el combate. Ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Félix Díaz. Fuentes se cuadró ante ellos:

—Mi general Huerta les envía a este prisionero.

—Muy bien, teniente, dígame al general Huerta que nunca dudamos de que cumpliría su palabra —dijo Félix Díaz.

En la penumbra, Gustavo descubrió al intendente Adolfo Bassó, de pie en una esquina, cabizbajo y, como él, con las manos atadas. Intercambiaron una mirada que era más despedida que saludo, y Gustavo recordó que fue Bassó quien el día anterior le comentó la amenaza de Huerta por haberlo mantenido preso —no más de una hora— en la intendencia de Palacio en donde, precisamente, en esos momentos, ya estaba preso el presidente Madero.

Afuera, soldados ebrios pedían a gritos a Ojo Parado, apodo que le puso a Gustavo, con gran éxito, Trinidad Sánchez Santos, director de *El País*.

—Nuestros soldados claman por usted —le dijo Mondragón a Gustavo, sonriendo. Era un hombre alto, flaco, con las mejillas consumidas y ojos llameantes—. Creo que debería salir a saludarlos, ¿no le parece?

Gustavo no respondió y bajó la mirada. Mondragón le tomó la barbilla y con un movimiento rápido, ofensivo, como un chasquido de los dedos, lo obligó a levantar el rostro.

—Míreme a los ojos, no sea cobarde —y dirigiéndose a Félix Díaz—: ¿Usted qué piensa que deberíamos hacer con Ojo Parado, general?

Félix Díaz, grueso, indolente, como siempre hundido en sí mismo, se limitó a encogerse de hombros.

—Llévelo afuera, teniente —le dijo Mondragón a Fuentes—. Que salude a los soldados, que tanto lo llaman.

—No puede usted hacerme esto —gritó Gustavo, zafándose un momento de las manos de Fuentes—. No puede usted mandarme con esa chusma asesina. Tengo fuero como diputado.

Mondragón enarcó las cejas y sus mejillas se hundieron más.

—Entiéndanos, don Gustavo. Esto es una guerra y usted es nuestro prisionero. No es más que eso. Ha dejado de ser todo lo que era antes. ¿O usted pensó en el rango del general Reyes y del general Ruiz cuando su gente los asesinó?

—No discuta usted con él, general —dijo desde atrás, desde su aparente indiferencia, Félix Díaz, quien apenas si levantó los ojos del cigarrillo de hoja que liaba.

—Tiene usted razón, general. Llévanselo de una buena vez, teniente.

Casi a rastras, Gustavo fue conducido por un pasillo oscuro —que para él era ya el primer pasillo de la muerte— a la plaza fronterá, bañada por la luz lechosa de una luna redonda y amarilla. En su rostro era bien claro el terror. A empujones y golpes, sin dejar de insultarlo —entre las fogatas encendidas y los grupos de soldados ebrios, algunos de ellos de diecisiete y dieciocho años cuanto más, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes— lo llevaron hasta la estatua de Morelos, que se recortaba airosa en el fondo de la noche: altar en que debía oficiarse el sacrificio.

Un tal Cecilio Ocón —que todavía unos días antes mendigaba negocios turbios al propio Gustavo y a Sánchez Azcona— alumbró con una linterna el rostro aterrado del hermano del presidente, en el que, de nuevo, como Francisco le decía, el ojo bueno contagiaba al de vidrio de sus emociones más vivas. Incluso, en el ojo de vidrio, pasmado, parecía reflejarse más el terror. Sobre todo cuando le acercaron un puñal en alto, entre las carcajadas y gritos de los presentes.

—No, por favor —dijo Gustavo mientras intentaba subir las manos, que tenía atadas, para protegerse el rostro.

—¡Ojo Parado cobarde! ¡Ojo Parado cobarde! —gritaban a coro. Una botella vacía se hizo añicos a los pies de la estatua.

—¡Calma, calma! —gritó Ocón, quien llevaba la voz cantante en la ceremonia—. No tiene por qué morir tan pronto. Que sufra primero.

—¡Sí, que sufra primero Ojo Parado, que sufra! —secundaron los gritos.

—Que venga a defenderlo su grupo de la Porra —se burló Ocón.

—A ver, que venga.

—Llámalo, Ojo Parado, llama a tu grupito de la Porra, ándale —dijo otro de los soldados, muy joven, pinchándolo ligeramente en el vientre con la bayoneta. Gustavo se contrajo de dolor, pero no alcanzó a caer al suelo porque Ocón lo detuvo, estrujándole el saco.

—¡No se queje tanto, cabrón, todavía ni le están haciendo nada! A ver, alúmbrenlo de nuevo.

La linterna regresó al rostro desfigurado, y esta vez un tal Melgarejo, desertor reciente del 29º Batallón, de un tajo vació el ojo vivo de Gustavo, quien cayó al suelo doblado del dolor. Su último grito fue: “Mamá, mamá”, mientras las burlas continuaban:

—¡Ojo Parado llorón! ¡Pinche ciego cobarde!

Ya en el suelo le propinaron puntapiés y lo hirieron con las bayonetas.

¿Podían todavía vejarlo más? Pues a tirones lo desnudaron y alguien le mutiló el miembro y se lo introdujo en la boca. Gustavo era un hombre corpulento, muy sano, que tardaba en morir. Su cadáver, según el ingeniero Alberto J. Pani, presentaba treinta y siete heridas. Le extrajeron el ojo de vidrio y lo trajeron de mano en mano, como trofeo. Finalmente, su cadáver fue enterrado bajo un montón de estiércol.

¿No fue esta ceremonia una respuesta —¿de quién?— a la fe incondicional que tenía Francisco I. Madero en la bondad humana? Sobre todo, tratándose del hombre que, decía, era a quien más amaba, su hermano, su compañero de la infancia y la juventud, el único que trató siempre de mostrarle un camino más realista que el que seguía. **U**